

xiona bien esta fineza, y dime, si es posible demostracion mas tierna de amor.

Saca de aquí, el acompañar con el espíritu á los millones de ángeles, que invisibles irán haciendo corte y obsequio á su Rey y Señor. Unete con ellos, y presta tambien afectuosos obsequios y fervorosos cultos á tu amante Padre, á tu buen Dios.

PUNTO 2.

Considerar, que siendo testigos de tan augustos misterios, es menester esclamar con David: *este es el dia que ha hecho el Señor; saltemos de gozo y alegrémonos en él; y con el mismo Real Profeta repetir: ¡O tierra, cuan grande eres regocíjate en el Señor, y llena de júbilo ocúpate en su servicio!*

Ponderar, ¡cuál será el gozo de los bienaventurados, al ver hoy, desde su feliz mansion, cursando nuestras calles al Rey supremo del cielo, coronado de honor y de gloria! Me parece que los ángeles todos, y toda la corte celestial, mirando la ternura, confianza y cariño con que Dios nos tra-

ta, y escuchando los himnos eucarísticos que entona la tierra, los repetirá tambien, y hará resonar con ellos las inmensas bóvedas del empíreo. ¡O dia grande, ó dia solemne! jamás te apartes de mi memoria.

Sea fruto de lo que has considerado, el abrir fervoroso las puertas de tu alma, y ofrecerle al Señor tu corazon para que descanse en él; pero cuida de unir el mas profundo respeto con una filial confianza: respeto, mirando que el que viene es un Dios; y confianza, sabiendo que ese Dios es tu Salvador y tu Padre.

MEDITACION LXXVII.

VIERNES DESPUES DE CORPUS.

PUNTO 1.

Considera, que cuando estaba ya decretada la prision de Jesucristo, y sus enemigos se aprestaban á quitarle la vida, y derramar su sangre; él, entónces, como

olvidándose de sí mismo, piensa únicamente en tí; y en prueba del amor que te tiene, antes de ir á padecer, te deja su Cuerpo y Sangre para que te alimentes. ¿Serías capaz ni aun de imaginar semejante fineza?

Ponderar, que con la sangre que iba á derramarse en el Calvario, quedaba bien comprobada su caridad, y consumada la grande obra de nuestra redencion; pero como entónces debia ir á su Padre y dejarnos, esta ausencia no sufre su amor; y para impedirlo, es para lo que hace tantos esfuerzos y diligencias, hasta hallar el singular secreto de quedarse para siempre con nosotros, y unir amigablemente con el nuestro su Corazon.

Saca de aquí, como agradecido, pagar en la misma moneda. ¿Dios se vale de todo para quedarse contigo? Pues nada omitas tú tampoco para unirte siempre con su Magestad. Tu amor es imposible que sea tan grande como el suyo; pero sí puede ser como el suyo inmortal y eterno, amándolo sin cesar mientras vivas; y haciendo que este amor se continúe despues por toda la eternidad.

PUNTO 2.

Considera, que concluida la cena legal, Jesucristo, á presencia de sus discípulos, á quienes amó hasta el fin, tomó el pan en sus manos, y levantando al cielo sus ojos, en señal de la gran maravilla que iba á obrar, lo bendijo y lo convirtió en su Cuerpo: y tomando el vino, lo consagró tambien, convirtiéndolo en su propia Sangre, que dentro de muy pocas horas iba á derramarse por todos nosotros.

Ponderar, que desea tanto Jesucristo manifestarnos su amor, que no se contentó con ejecutar este portentoso en sola la noche de la cena; sino que espresamente mandó, que sus sacerdotes lo repitieran hasta el último dia de los tiempos; añadiéndoles: que al repetirlo, se acordaran de él. Espresiones tiernísimas de un Padre, que dice las últimas palabras á sus hijos.

De aquí sacaras, el tener esa perpetua memoria, que quiere y pide tu Salvador. No seas ingrato: si él por el dia y por la noche te tiene presente, y con este fin se

quedó Sacramentado; acuérdate tú tambien de su Magestad, y diariamente, desde donde quiera que te halles, envíale un recuerdo, ofreciéndole tu corazón.

MEDITACION LXXVIII.

SABADO DESPUES DE CORPUS.

PUNTO 1.

Considera, que al amante mas fino no se le puede pedir mas, ni él tiene mas que dar, que todo cuanto él es y cuanto vale: pues esto es lo que hace Jesucristo en este augusto Sacramento; se nos da enteramente, asegurándonos: que nos deja su Cuerpo verdaderamente por comida, y su Sangre por verdadera bebida.

Pondera, que el encontrar un medio para vencer la grandísima dificultad de quedarse con nosotros, y ausentarse al mismo tiempo, para irse al cielo, era una empresa que necesitaba nada menos que la sa-

biduría de un Dios: y el poner por obra este medio, tambien estaba reservado á un poder infinito. ¿Y lo ha hecho Dios en este Sacramento santísimo? Luego por estar contigo hizo Dios cuanto supo, y egecutó cuanto pudo.

De aquí sacarás vergüenza de tu frialdad y tibieza; pues la menor cosa te impide el acercarte á la sagrada mesa, mirando que tu Redentor allana los mayores obstáculos para venir á tu pecho. Pide, pues, con la santa Iglesia, que el fuego del Espíritu Santo te abrase, para corresponder á un amor tan infinito.

PUNTO 2.

Considera, que el convertirse el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, no es solamente una maravilla, sino, como se esplica Santo Tomás, el mayor de cuantos milagros ha hecho.

Pondera el asombro que debió causar á las turbas del desierto, el verse alimentadas con solos cinco panes; pero ¿cuánto mas asombroso es, el que con este Pan ce-

festial se sustentan, no cinco mil, sino los millones de personas que encierra en muy distantes lugares el mundo cristiano, y que existirán todavía hasta el fin de los siglos? Compara, pues, atentamente ambos portentos, y conocerás entonces, cuanto mas ha hecho Dios por nosotros en este Sacramento, que lo que obró en otro tiempo en el desierto.

Y si la gratitud debe ser proporcionada a la grandeza del beneficio, sea el fruto de lo que has meditado, el abrir con la mayor ansia las puertas de tu alma, para que entre tu Dios, y te fortalezca y alimente con su Cuerpo y Sangre, para que consigas la vida eterna.

MEDITACION LXXIX.

DOMINGO DESPUES DE CORPUS.

PUNTO 1.

Considera, que un cierto hombre, de quien hoy hace memoria el Evangelio, dispuso una gran cena, y por medio de un criado llamó y convidó á muchos á que viniesen á su casa, porque las cosas estaban ya preparadas.

Ponderar, que ese espléndido banquete no es mas, que un símbolo ó figura de la celestial y sagrada mesa, que Jesucristo te prepara, y en la que te espera: mas con la notable diferencia, de que aquel hombre rico usó de sus ministros para avisar á los convidados; y Jesucristo ni de los ángeles se vale para llamarte, sino que él mismo en persona recorre esas calles, diciéndote: que te acerques á su mesa, y lo acompañes; porque está ya dispuesta, para tu regalo, la vianda mas esquisita y gustosa. De aquí puedes sacar una justísima ad-

miracion, así de la riqueza y esplendor con que se dispuso esta cena, como del amoroso empeño con que se te llama á que gustes de ella. Ten esto muy presente, y no seas ingrato á tanto beneficio.

PUNTO 2.

Considera, que Dios ha empleado todo su caudal en este banquete, sirviéndose, para prepararlo, de su infinita sabiduría, de su ardentísima caridad, y de su inmenso poder; y despues de haberse valido de tanto, todo lo da por bien hecho, con tal que no desprecies su amoroso convite.

Ponderar, que en los otros convites, sean cuales fueren, y por sazonados y sabrosos que estén los manjares, luego que usamos de ellos, nos causan una hartura fastidiosa; dice S. Gregorio; pero el Pan que te ofrece Jesucristo, esta vianda toda celestial y divina, siempre produce suavidad y delicia; y mientras mas se come, mas se apetece. No se corrompe ni te daña; sino que te nutre, te fortalece, te alegra, y te vivifica. De lo dicho puedes sacar, una santa ham-

bre y deseo de este manjar santísimo que te ofrece tu Redentor, diciéndole á este propósito, como dijo la Samaritana, cuando el Señor la prometió una agua de vida eterna: dame, ó Señor, de ese Pan celestial, para saciarme con él de modo, que nada me quede ya que apetecer.

MEDITACION LXXX.

LUNES DESPUES DE CORPUS.

PUNTO 1.

Considera que aquel hombre generoso, que dispuso la gran cena de que habla S. Lucas, en vez de satisfacciones, solamente recibió desaires; porque ningun convidado concurrió, sino que, con diversos y vanos pretextos, se escusaron todos.

Ponderar, que cuando el corazon está ocupado con el deseo de los bienes terrenos, é inclinado á los deleites sensuales, pierde el gusto á los placeres del cielo, y fá-

almente se aparta de ellos y los desprecia. Esto hicieron los convidados del Evangelio: el uno se escusó, porque tenia que ver un campo que habia comprado; el otro, porque debia probar cinco yuntas de bueyes; y el último, finalmente, porque se habia casado. En estos hombres hallarás tal vez tu retrato y el de otros muchísimos, que por cualquiera motivo ú ocupacion frívola, dejan el convite de Jesucristo, y, por ruines intereses del mundo, abandonan el Pan de los ángeles.

Lo dicho te impulsará á echar una ojeada sobre tu conducta; y si te hallas en la clase de alguno de estos ingratos convidados, procura dolerte de tu frialdad, y haciendo á un lado, tus vanas escusas, sé mas diligente. No olvides que Jesucristo es quien te llama, es quien dia y noche te espera, con el fin de que cenes con él y le acompañes.

PUNTO 2.

Considerar, que resentido el padre de familia por las escusas de los convidados, sal al instante, dijo á su criado, recorra las ca-

ñales y plazas, llama á los pobres, débiles, cojos, y traelos de manera, que se llene mi casa.

Ponderar, que si tú y muchos se escusan y le abandonan, no por eso faltarán otros fieles que se acerquen, y le adoren, y le sirvan; pero suené siempre en tus oídos aquella terrible sentencia que profirió el padre de familia: os aseguro, que no se sentará en mi mesa ninguno de aquellos convidados que no vinieron. ¡Y, podrás imaginar desgracia mas espantosa, ni de mayor tamaño, que el verte escluido por Jesucristo de este alimento santísimo, que con tanto amor preparó para tu bien?

Sacude pues, y esto sea el fruto de lo que has meditado, tu negligencia y descuido, advirtiéndote lo sensible que es á Dios el desprecio con que miras un beneficio en que agotó sus tesoros para enriquecerte, y hacerte verdaderamente feliz.

MEDITACION LXXXI.

MARTES DESPUES DE CORPUS.

PUNTO 1.

Considera, ¡cuál será la excelencia y dignidad de este eucarístico Sacramento, cuando él es, en concepto del Real Profeta, un compendio y epílogo de todas cuantas maravillas ha obrado la omnipotente diestra del Altísimo!

Ponderar, que en realidad son muchísimos é inesplicables los milagros que se reconocen en este Sacramento. Sea el primero, estar el Cuerpo de Jesucristo en toda la hostia, y estar también en cualquier partícula. Segundo, hallarse presente Jesucristo en la hostia que tenemos á la vista, y estar al mismo tiempo en las otras innumerables hostias consagradas que hay en muy diversos lugares de la cristiandad. Tercero, dividirse la hostia en muchas fracciones, sin partirse por eso el Cuerpo de Jesucristo. Reflexiona sobre todo esto, y di-

me, ¡si serás capaz de comprender lo que ha hecho tu Salvador por acompañarte?

Saca de aquí, pedir al Señor, que después de tantos prodigios obre otro contigo, y es, convertir tu corazón de omiso en diligente; de tibio en fervoroso; de duro en blando; y de ingrato en agradecido.

PUNTO 2.

Considera, que tanto más estimable es la fineza del amor de Jesucristo, cuanto por su infinita sabiduría tenía más perfectamente prevista la infidelidad y negra ingratitud con que los hombres corresponderían.

Ponderar lo primero, que desde la institución de este Sacramento, no faltaron inicuos y perversos, que profanándolo con gravísimas culpas, como les hecha en cara S. Pablo, llegaban indignamente á la mesa, y en vez de vida, se tragaban su condenación.

Ponderar lo segundo, tantos insultos, injurias y desacatos con que lo han tratado los hereges, arrojando á los pies de los caballos las formas consagradas, y vilipen-

diando al Dios de la Magestad. Sin embargo, por todo pasó Jesucristo, por estar con nosotros hasta el fin de los siglos.

Saca de aquí, el acercarte siempre á la sagrada mesa con aquel respeto, santidad y pureza, que corresponde á un Dios tan grande, ante quien los mismos ángeles se estremecen, y se cubren el rostro para adorarle. Dispuesto de esta manera, llega confiado, pues este manjar divino es triaca y no veneno.

MEDITACION LXXXII.

MIERCOLES DESPUES DE CORPUS.

PUNTO 1.

Considera que Adán, por su infidelidad y desobediencia, no solamente cayó enfermo de muerte; sino que contagió á su miserable posteridad, de manera, que si no á medio divino, no hay virtud humana que fuere, que alcance á curarla.

Ponderar, que aunque por la pasión de Jesucristo quedamos libres de tanto mal; nuestra naturaleza aun está todavía enferma, expuesta por su debilidad á funestas recaídas, y necesitada por lo mismo de una poderosa medicina, que perfeccione nuestra curacion; y esta es puntualmente la que te ofrece tu amante Redentor, dándote su Cuerpo y su Sangre: con solo esto consigue luz tu entendimiento; firmeza y seguridad tus pasos; órden y arreglo los movimientos de tu espíritu; paz, alegría y sosiego tu corazón. ¡O precioso antídoto! ¡ó enérgica medicina, cuán digna eres de nuestro aprecio! Saca de aquí, el usar con frecuencia de tan fácil y eficaz remedio. ¡Por tu fragilidad y miseria no estás siempre en peligro de recaer? Luego debes tener muy á mano este confortativo, y disponerte para que no se impidan los maravillosos efectos que le son propios.

PUNTO 2.

Considera, cuanto mas eficaz es esta medicina, que la que hallaban los enfermos

en la piscina de Jerusalén. Allí las aguas solamente tenían virtud, la vez que el ángel las movía; pero en este Sacramento encuentras eficacia, siempre que dignamente te acerques. Allí sanaba solamente el enfermo primero que entraba en las aguas; pero aquí todos, todos cuantos lleguen, quedan curados.

Pondera la grandísima necesidad que tienes de aprovecharte de esta medicina, así porque se te brindó con ella; como por las muchas y gravísimas enfermedades que padeces. Llega, pues, á este Médico divino, y preséntale esos ojos licenciosos, esa tu lengua murmuradora, la curiosidad de tus oídos, el desenfreno de tu gusto, el desorden de tus deseos, en una palabra, ese corazón gangrenado; y conociendo tu miserable estado, Señor, dile, mira todas mis llagas: ¡qué hediondas! ¡qué corrompidas! derrama sobre ellas ese precioso bálsamo de tu Sangre, único, pero efficacísimo remedio que con tanto amor me estás á todas horas ofreciendo.

De aquí sacarás, el encender y avivar

en tí aquellos deseos de sanar, que tiene un miserable enfermo, cuando logra la oportunidad de verse ante un médico sábio y caritativo. Jesucristo es ese Médico, y en calidad de tal, te espera dia y noche en esas aras, para bañarte en su propia Sangre, y dejarte sano, sean cuales fueren tus males.

MEDITACION LXXXIII.

JUEVES DESPUES DE CORPUS.

PUNTO 1.

Considera, que uno de los amores mas fuertes que nos muestra la naturaleza, es el de los esposos; y Jesucristo por lo mismo se nos ofrece en este Sacramento divino, como verdadero y fiel Esposo, para que así conozcámos lo mucho que nos ama, y la intimidad con que desea unirse á nuestros pechos.

Ponderar, que la esposa siempre entra